

DOSSIER DE PRENSA



Camus y el amor en tiempos de cuscús

TEATRO NATURALE? YO, EL CUSCÚS Y ALBERT CAMUS

De Paola Berselli y Stefano Pasquini

Dirección de Stefano Pasquini

Con Paola Berselli, Maurizio Ferraresi, Stefano Pasquini

Producción: Teatro delle Ariette

Castello di Serravalle (BOLONIA)

Claudia Canella.

Que el binomio teatro y comida está en la base de la creación del trabajo de Teatro delle Ariette es algo sabido. Para el trío Berselli - Ferraresi - Pasquini el teatro como rito y el elemento comida han tenido desde siempre un significado especial, un momento en el que compartir con los espectadores.

En el nuevo espectáculo “¿Teatro Natural? Yo, el cuscús y Albert Camus”, se entrecruzan pasado y presente en una historia de formación que tiene como protagonistas el amor, el cuscús y *El Extranjero* de Albert Camus. Pero, al contrario que en los anteriores espectáculos, el gancho biográfico pertenece a uno solo de ellos (Pasquini), mientras que los otros dos se convierten en “simplemente” actores, cómplices.

Francia, verano de 1978. Un Pasquini adolescente se enamora de una chica española, cuyo padre anárquico había vivido y aprendido a cocinar el cuscús en Argelia, país natal de Camus, de quien la chica le regala *El Extranjero*. Una lectura iluminadora que le cambia la vida haciéndole enfrentarse al eterno conflicto entre el ser humano natural y el social. Pasquini cuenta su historia y habla un poco de aquella Italia de entonces, y los otros dos actores leen párrafos de la novela, llevándolos a la práctica con acciones escénicas que plasman colores, sabores, emociones, sentido de desarraigo (una escena para todos, el baño de Paola vestida de rojo en un gran balde de metal).

Con pocos objetos, paneles en los que hay escritas partes de la novela, somieres, una camiseta de futbolista aficionado, los tres consiguen crear una atmósfera que, junto a las palabras de Camus, halla reflejos inesperados en quienes se sientan a lo largo de las mesas esperando la cena. La empatía que siempre saben crear con el espectador tiene esta vez el valor añadido del filtro literario, que pone una sana distancia a ciertos excesos de autobiografía, a veces un poco pegajosa.

Y siempre presente la alegre y burlona auto-ironía de Pasquini que condimenta esta pequeña historia privada que se transforma en una historia de todos ante un buen plato de cuscús ahumante.

RUMOR(S)CENA

istruzioni per una visione consapevole

[Teatro](#), [Teatrorecensione](#) — 06/10/2012 11:46

La vida y la novela se funden en un Teatro Natural vivo y contado por Teatro delle Arie

Publicado por [roberto.rinaldi](#)

“Hoy mamá ha muerto. O quizás ayer, no lo sé”. Así empieza El Extranjero de Albert Camus. Bastan estas palabras para sentir ese pequeño desconcierto que está presente en toda la novela

El protagonista, Meursault, un oficinista de origen francés, vive en Argel donde hay un calor sofocante que corta la respiración. Vive la muerte de su madre con un estado de ánimo indiferente, con hambre y sueño. Conoce a una mujer que le pide casamiento y él le responde que le da igual, y que si ella quiere casarse, por él está bien. Su indiferencia al afrontar la vida lo llevará a disparar contra un árabe. No sabe por qué motivo ha cometido ese gesto loco y acepta pasivamente la condena a muerte. Silencioso y apático padecerá un sobresalto al final desahogándose contra el sacerdote confesor.



La historia acabará con Meursault dándose cuenta de que también el universo mismo parece indiferente hacia la humanidad. Y tú, como lector, te encuentras en esta historia reviviéndola como espectador acogido por **Teatro delle Arie** con **Paola Berselli**, **Maurizio Ferraresi** y **Stefano Pasquini** que dan vida a *“¿Teatro Naturale? Yo, el cuscús, y Albert Camus”*, una nueva producción que ha inaugurado el festival **A Teatro nelle Case**, en **Castello di Serravalle** *entre olor a comida que se cuece, el calor del ambiente, la hospitalidad que está cuidada con amor por una profesión que va más allá de la simple declamación o interpretación.*

Vida y teatro se mezclan y confunden y de simple espectador te conviertes en huésped y amigo acogido en una dimensión doméstica. Las luces colgadas de cables, como en una fiesta o una verbena de pueblo de otro tiempo, las mesas puestas con manteles a cuadros blancos y rojos recuerdan a la infancia. En el centro de la escena un barreño de metal. Sartenes humeantes y que huelen a comida. Un vino genuino de bienvenida calienta los ánimos del público sentado en dos filas de mesas, una frente a otra. En medio aparecen ellos, con el pecho descubierto, vistiendo pantalones negros y luego abrochándose una camisa blanca.

Los gestos mesurados son expresión de un pensamiento dramático profundo. No se trata de una representación teatral artificiosa sino un transcurrir natural de acciones cotidianas mezcladas con la historia narrativa. *El Extranjero* de Camus no es otra cosa que el pretexto para Stefano para contar un periodo de vida coincidente, autobiográfico, adolescente, vivido cuando tenía 17-18 años. Años en los que vive experiencias de vida como el encuentro de una chica francesa que lo lleva hasta Normandía para conocer a su familia, y al padre: un español obligado a huir de la dictadura de Franco. Anárquico tal y como su vida es, en continua huida de regímenes autoritarios como acabará sucediendo en Argelia, en rebelión por la independencia de Francia. Era el lejano año 1978. Literatura y vida vivida son los ingredientes de la “cocina teatral” de Ariette, inolvidables protagonistas de **Teatro da Mangiare? Y Matrimonio de Invierno**.



«Hago teatro porque me gusta estar con la gente, porque cuento historias, porque me gusta jugar, pero un poco antes de que empiece el espectáculo me gustaría estar en otra parte. Me gusta hacer teatro, pero querría no hacerlo».

Stefano Pasquini es sincero al justificar la necesidad de hacer teatro que une a esta pareja en la vida y en la escena. Lo es para dar sentido a un proyecto existencial donde haya espacio también para _lo dicen ellos mismos _ “hablar de hoy, de aquello que pensamos de esta situación confusa que vivimos. Porque queremos cambiar, porque debemos imaginar todo de nuevo. *Han intentando convencernos, en estos*

años, de que no podía ser de otro modo, de que no había otra alternativa a esta economía, a esta agricultura, a esta sociedad.”



Paola viste un vestido rojo intenso y una visosa peluca rubia, zapatos verdes. Su risa te hace sentir una extraña sensación de incomodidad que se te mete dentro. Se mete en la bañera de metal llena de agua para simbolizar el baño en el mar argelino, mientras Stefano prepara la comida que se ofrecerá después (un cuscús de sabor delicado en homenaje a la cocina magrebí que comía Camus) y mientras cuenta fragmentos de la novela impresos en carteles que lleva a la espalda Maurizio Ferraresi, cuya presencia complementa la de los protagonistas. Maurizio se vuelve un portavoz del drama narrado con imágenes y palabras por Stefano y Paola.



“No hacemos teatro, no somos una compañía teatral. Campesinos-actores que cuentan historias, la cocina, el teatro de los sentidos. El dios del teatro es también el dios del vino”. Entonces entiendes que su teatro es verdaderamente Teatro Natural, como es natural estar allí y escucharlos mientras pruebas el vino y esperas que te sirvan la comida. No hay liturgia en lo que hacen ni retórica en las palabras que dicen. Cuentan una historia del pasado con acciones simbólicas. *Paola y Maurizio luchan, boxean, Stefano juega al fútbol sobre la tierra sembrada en el suelo.* Al fondo un extraño sillón parecido a un trono compuesto de un somier metálico donde Paola se sienta y se transforma en una prisión desde donde gritar toda la desesperación de un

ser humano, decidido hasta la muerte a rechazar una vida inútil y una sociedad que detesta. Una sociedad revuelta también con los acontecimientos trágicos acaecidos en Italia del 1978 hasta la muerte de Aldo Moro y las Brigadas Rojas. La fecha de muerte de Camus llega en 1960, solo nueve meses antes del nacimiento de Stefano.



Se sucede un continuo entrelazarse de evocaciones hasta llegar a una fuerte conclusión cuando Paola recita con intensidad dramática los discursos de Camus en el día de entrega del Premio Nobel: *“Por definición, el escritor no puede ponerse hoy al servicio de quienes hacen la historia, pues es estando al servicio de aquellos como la sufren”*. Estos son algunos de sus pensamientos frente a la Academia Sueca. Un escritor dedicado al estudio de los vaivenes del ánimo humano frente a la existencia, a quien le urgía vivir y actuar, dar vida a un continuo e incesante llamamiento contra las injusticias sociales y la pena de muerte. *“Si la Naturaleza ya condena a muerte al ser humano, al menos que el ser humano no lo haga”*. Nos inclinamos al final sobre el plato humeante para consumir la comida que se nos ha ofrecido y el silencio cala entre todos. Y el *Teatro Natural* se despide para darnos una cita fuera del lugar donde se ha contado una historia que nos pertenece y nos acompaña en el mundo.

Castello di Serravalle, 29 septiembre 2012

<http://www.rumorscena.com/2012/10/06/la-vita-e-il-romanzo-si-fondono-in-un-teatro-naturale-vissuto-e-raccontato-dal-teatro-delle-ariette/>



Teatro naturale con Albert Camus dalle Ariette

di [Massimo Marino - Controscena](#) / [Corriere della Sera](#)

Vive impastando letteratura, autobiografia e cibo il [Teatro delle Ariette](#). Torna, nelle colline tra Bazzano, Castello di Serravalle e Monteveglio, nel bolognese, a invitare il pubblico in spettacoli a contatto di corpo e di sguardo con gli attori. Fanno rivivere, Stefano Pasquini, Paola Berselli, Maurizio Ferraresi, la fortunata rassegna [“A teatro nelle case”](#), dopo un paio di stagioni di silenzio a causa della crisi e dei tagli. La riaprono rischiando del proprio e contando sulla collaborazione di amici della zona, che offrono gratuitamente dimore, sale, osterie, su qualche parco contributo pubblico, su spettacoli agili e sulla disponibilità degli artisti. L'inaugurazione è stata affidata a *Teatro naturale?*, il nuovo lavoro della compagnia, nato nel Deposito attrezzi, il capannone-teatro costruito su una collina sulla valle del rio Marzatore.



La scena è simile a quella del fortunato [Teatro da mangiare?](#) ma anche a quella del recente, intensissimo, [Matrimonio d'inverno](#). Solo che qui la tavola imbandita per gli spettatori commensali testimoni si sdoppia in due, lasciando uno spazio centrale alle azioni teatrali, mentre i lati più corti della sala sono chiusi da una parte da un trono incorniciato dalle rete di un vecchio letto, dall'altra dalla classica cucina Ariette, con tavolo e fornelli, dove questa volta viene preparato un piatto "esotico".

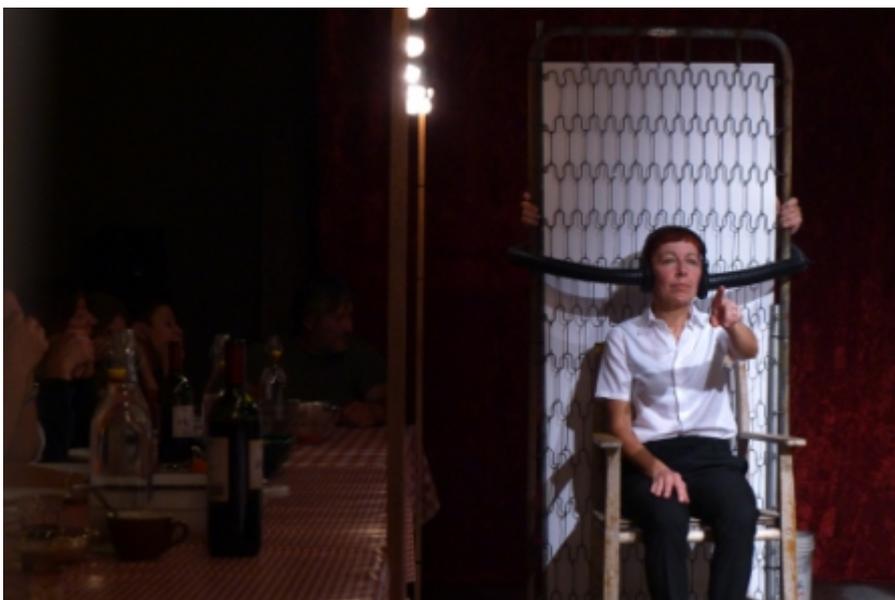
"Esotico", in realtà, è tutto lo spettacolo: perché viaggia lontano nel tempo, in una stagione che chiude l'adolescenza di Pasquini, i 17-18 anni, il 1978, intrecciandola a un romanzo scoperto allora, *Lo straniero* di Camus, che si svolge nell'"esotica" Algeria colonia, nell'esotismo dei pensieri di un uomo staccato dalla normale asfissiante realtà sociale, perso nella natura o in se stesso, in una forma di *assenza* che ricorda per certi versi quella depressa di uno scrittore odierno come Houellebecq. "Esotico" è il rapporto tra autobiografia e letteratura per le Ariette. Domina, qui, al contrario di altre volte, la letteratura: si stagliano emozionalmente le parole di Camus, mentre la rievocazione degli anni giovanili di Pasquini assumono il valore di *exemplum*, straniato, di misura di un'epoca storica attraverso l'incontro con una ragazza francese, un viaggio in Normandia, la conoscenza con la famiglia e con il padre di lei, spagnolo fuggito dal franchismo, anarchico, scappato poi dall'Algeria in ribellione contro i francesi e gli europei. Un pezzo di storia del Novecento si incrocia, nella vita di Pasquini, con la scoperta dello *Straniero*, con la voglia di fuggire dalla sua Bologna, di confrontarsi con l'Altro, di trovare una propria strada, e poi il ritorno, narrati sempre con distaccata ironia.



Invece Paola Berselli ci precipita con irruenza nelle pagine di Camus, nei paesaggi che si aprono agli occhi stanchi del suo personaggio, alla sua distanza dalle cose, dalla società corrente, alla sua noia, alla sua "indifferenza" (o rassegnazione o disperazione silente per la morte della madre) che lo farà accusare di crudeltà e condannare a morte per un omicidio piombato tra le sue mani per caso, per razzismo o per disgusto esistenziale. Paola diventa Maria si butta vestita in una tinozza piena d'acqua e si trascina col vestito color passione gocciolante per ricordare i bagni sulle sponde del mare algerino, legge da pagine del romanzo ingrandite disseminate nello spazio tra i tavoli, boxa contro di esse con Maurizio Ferraresi sempre fenomenale sparring partner, presenza discreta e silenziosa di notevole peso scenico e sentimentale, polo di normale assenza sulla cui schiena o sulle cui mani poggiano le gigantografie del romanzo, mentre su di lui rimbalzano le parole e le azioni, gli spasimi di una vita che non riesce a comprendersi o che troppo vorrebbe provare, troppo vorrebbe urlare, troppo essere contro il generale non essere.



Dallo stato di sonnambulismo nel sole, nella sensualità della natura nordafricana, in una partita di calcio sudata e felice, lo sappiamo, il protagonista dello *Straniero* si sveglia solo rifiutando di mentire al processo, accettando la propria condizione di differenza, il proprio disgusto per la banalità della vita e l'inautenticità della società. Aspettando il giorno dell'esecuzione. Lo grida su quel trono simile a un letto di contenzione o per l'elettrochoc Paola Berselli, mentre Pasquini conclude la sua storia, rievocando il '78, Aldo Moro, le Brigate rosse, tracciando fili con la morte di Camus, avvenuta nove mesi prima della sua nascita, nel 1960, come un'eredità sentimentale, per invitare tutti a gustare quel piatto provato per la prima volta in quel viaggio giovanile, il cous cous, figlio del Maghreb dove visse lo scrittore francese, figlio delle migrazioni nella sua diffusione, figlio della globalizzazione dell'alternativo.



Il teatro naturale è quel senso di smarrimento del protagonista del romanzo ed è la ricerca da parte delle Ariette di un contatto immediato, anche per mezzo della mediazione della letteratura, con gli spettatori, chiamati a diventare testimoni di un

fare “naturale”. Questa volta l’atmosfera è più fredda rispetto al bruciore politico e umano di *Teatro da mangiare?*; meno vertiginosa rispetto all’autoconfessione di fronte al passare del tempo, della vita nella morte, della natura nel flusso, di *Matrimonio d’inverno*. La formula funziona, comunque: e il cibo è suggello di un teatro che la partecipazione non la concepisce come apertura all’intervento in scena dello spettatore, come in quel “teatro 2.0” interattivo che stiamo vedendo su molti palcoscenici soprattutto festivalieri, ma come “vecchia” condivisione emozionale, riflessione a partire da qualcosa di esperito, come simposio finale in cui la tensione si scioglie nella socializzazione (e nella catarsi) che il mangiare insieme può indurre (o illudere di indurre). Le regole del rito rimangono ferree: l’incontro non avviene *scambiandosi* esperienze o chiacchiere, ma banchettando sul cadavere di una qualche vittima sacrificale, come nella tragedia greca. Usando il cibo per riaffacciare il capo all’aria della vita, dopo il funerale. E consolarsi.



Fotografie 2,4,5,6 di Stefano Massari

<http://boblog.corrieredibologna.corriere.it/2012/10/02/teatro-naturale-con-albert-camus-dalle-ariette/>

Nel cous cous ci vuole il peperoncino. E qualche riga di Camus

6 giugno 2014 di Renzo Francabandera



RENZO FRANCOBANDERA | Forse perché giocavo pure io in porta, vabbè, a calcetto, che così almeno se alzavo le braccia la traversa riuscivo a toccarla. Forse perché Camus ha detto delle verità profondissime sull'animo umano che non possono non lasciar innamorare, di quell'amore struggente e doloroso per le sue parole.

Forse perché è un tempo così passato ma così presente, di incertezze e memorie di orrori ed errori, quello che si respira nella sala dai drappi rossi, così innaturalmente teatrale.

O forse semplicemente perché nel brodo del cous cous ci vuole il peperoncino. Secondo me. E anche secondo loro.

Insomma sarà per tutte queste cose o per le semplici scelte che le Ariette pongono in essere per raccontare una storia di vita, di anni Settanta, di baschi in testa e discussioni fra anarchici e comunisti nella campagna francese, storie di primi amori, mescolate alle parole di Camus, sarà per tutto questo, ma **TEATRO NATURALE? Io, il couscous e Albert Camus** di Paola Berselli e Stefano Pasquini, (per la regia di quest'ultimo e recitato, oltre che dai due sodali della tenuta delle Ariette, che festeggiano in questi giorni i 25 anni insieme (auguri grandissimi!), anche da Maurizio Ferraresi) è un'operazione, secondo me, riuscita.

In primis perché forse più e meglio che in altri loro lavori, sempre centrati sull'autobiografismo e sull'atmosfera conviviale, si rinuncia per gran parte a questi due elementi per cercare un corpo a corpo con il letterario che, pur con qualche "gancio emotivo" rimane sempre in un territorio di grande onestà rispetto allo spettatore, che kantorianamente vede chi alza il volume della musica, vede l'attrice immergersi davvero nella tinozza d'acqua, e vede i protagonisti, nella loro maturità e nei segni degli anni, ritornare con i propri corpi ad un tempo e ad un mondo di idee che non sono più.

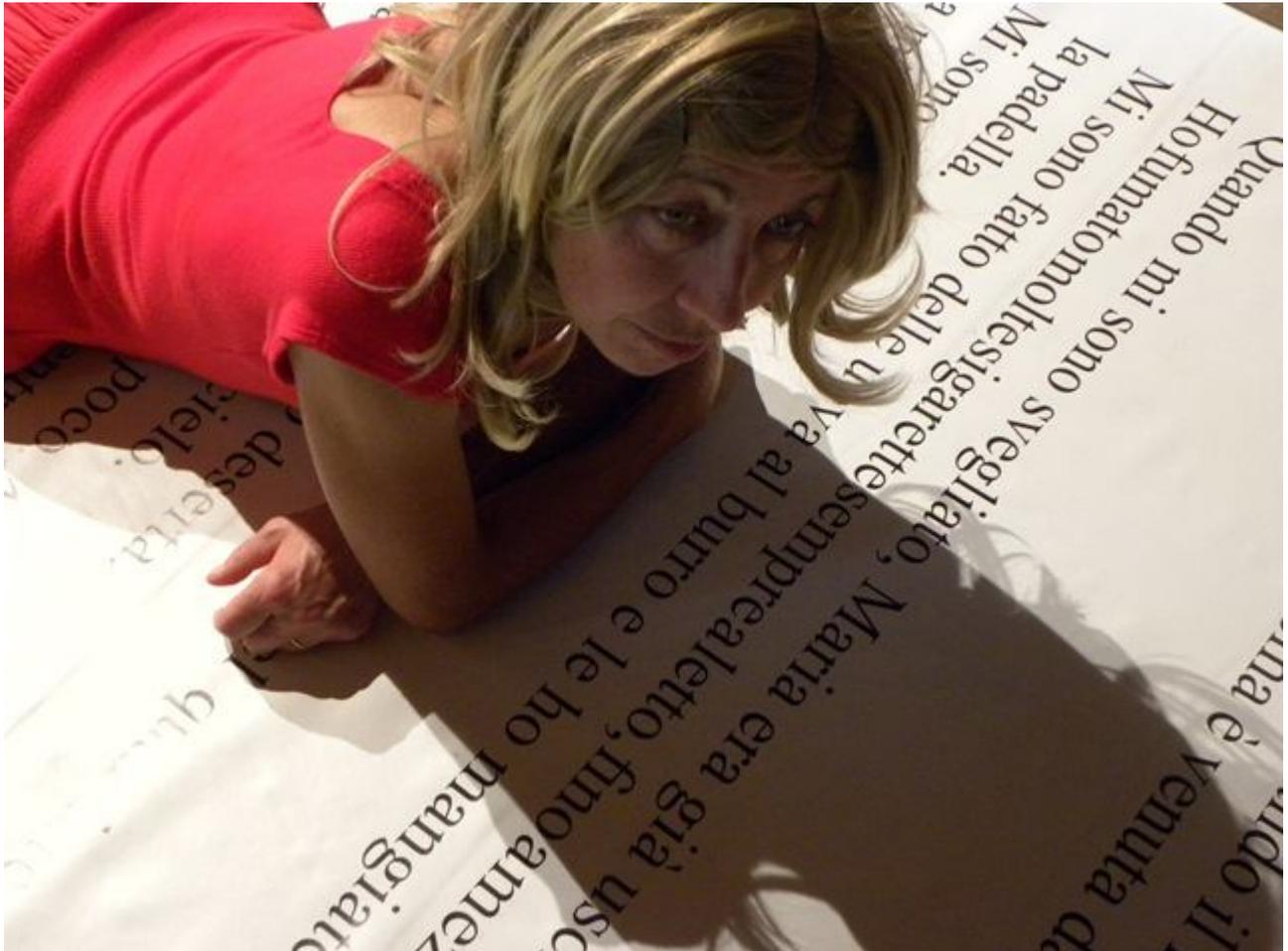
Ma proprio perché non sono più, quelle parole diventano letterarie e sono di nuovo, nuovamente politiche, la tinozza sembra un mare sconfinato, e la Berselli che ci nuota dentro per poi andarsi a sdraiare su un asciugamano di frasi sottolineate dello scrittore franco algerino, con il suo corpo magro stretto in un vestitino rosso bagnato, diventa icona imperfetta, immagine di poesia fragile ed essenziale, come il pensiero di Camus e quel conflitto tra uomo naturale e uomo sociale che la società borghese ha vissuto e quella digitale sta misconoscendo, in nome di un uomo antisociale e neodigitale, chiuso nel suo doppio, nel suo avatar personaggio da cui sempre più fatica ad uscire.

Il cibo dopo lo spettacolo è un pretesto per restare da Olinda al Paolo Pini di Milano, dove abbiamo visto lo spettacolo e dove sta per ripartire “Da vicino nessuno è normale”, a chiacchierare con gli artisti, e in quest’ottica è un gesto di lotta al paradigma antisociale e dunque anche questo, politico. L’interrogativo che questo spettacolo del 2012 pone è se anche il teatro, come Mersault, il protagonista de “Lo straniero”, che rifiuta di mentire e obbedisce soltanto alle leggi della natura, possa vivere in francescana semplicità, sfuggendo agli obblighi delle convenzioni sociali, sincero fino alle estreme conseguenze. Ecco quindi il contrasto di quel drappo rosso, innaturale e così rituale, con un recitato che prova, in alcuni casi con successo, ad andare oltre la narrazione per approcciare fondamentalmente il postdrammatico.

La natura, per chi la vive davvero, non è idillio. E’ spesso anche crudeltà, verità, sofferenza del debole. E in questo spettacolo questa verità forse viene per paradosso maggiormente fuori rispetto ad altri lavori delle Ariette, pur non essendo mai qui la natura protagonista, ma solo sfondo, ambiente, sciabordare di onde in lontananza. Viene maggiormente fuori perché gli artisti abbandonano il lato più romantico del loro codice di scrittura, per concentrarsi su alcuni quesiti scenici che, pur con qualche altalena di intensità durante la recita, ingaggiano lo spettatore e lo portano pienamente in un tempo e in un luogo letterario, immaginario ma profondamente reale. In cui a comandare è il libro, le sue pagine stampate in formato gigante. Fardello sulle spalle dell’uomo contemporaneo, piegato sotto il peso dei suoi inconfessabili perché.

A CENA CON ALBERT CAMUS

Claudia Zanella — 04/06/2014



Gli spettatori sono raccolti in gruppetti e chiacchierano allegramente, mentre attendono fuori dal Teatro La Cucina, padiglione dell'ex ospedale psichiatrico Paolo Pini. Quando arriva l'avviso dell'inizio dello spettacolo, il pubblico si avvicina in modo compatto alla sala, come un gruppo numeroso che si dirige a cena. Lo scenario che compare davanti agli spettatori quando entrano sembra sposare questa teoria. Due file di sedie, intervallate da tavolini sono disposte per il lungo; sul lato corto della sala, si trovano due grossi tavoli, su cui sono disposti pentole e fornelli da campeggio. Quello che è evidente è l'assenza del palco: lo spettacolo si svolge in mezzo alla sala. «La vicinanza e intimità tra attori e spettatori ci piace molto è una dimensione che ci corrisponde», spiega Stefano Pasquini, autore, regista e attore di *Teatro naturale? Io, il couscous e Albert Camus*. «Cerchiamo sempre un unico spazio condiviso».

Il pubblico è coinvolto fin dal principio: viene invitato a tagliare le verdure che accompagneranno il couscous che è nelle pentole. Nel frattempo gli attori offrono vino e mandorle. «*Teatro Naturale*, come tutti i nostri spettacoli, vuole essere un incontro rituale intorno alle nostre esperienze di vita e

al cibo, che condividiamo quasi sempre con i nostri spettatori», dichiara il regista. Pasquini racconta la sua storia di adolescente, quando a 17 anni decide di andare in Francia, seguendo l'amore. Lì incontrerà il libro di Albert Camus, *Lo straniero*. «Quando mi sono trovato tra le mani questo libro, mi sono immediatamente riconosciuto nel sentimento del protagonista, Meursault, e nel suo modo di relazionarsi con il mondo», continua l'attore. «L'identificazione è stata così forte che ho avuto l'impressione che in quel libro ci fossero le parole che meglio descrivevano quello che provavo e che non ero mai riuscito ad esprimere». Lo spettacolo prosegue per sovrapposizioni successive: a ogni episodio della vita di Stefano corrisponde una scena de *Lo Straniero*, intrecciando il tempo e lo spazio, il reale e il fittizio; i ricordi e il presente si confondono. «Attraverso i racconti sembra di prendere una macchina del tempo, di viaggiare attraverso presente, passato e futuro e di spostarsi nello spazio», continua il regista. «Leggendo Camus e attraverso le parole di coloro che ho incontrato durante i miei viaggi, mi è sempre sembrato di rivivere quello che mi veniva raccontato, come se fossi stato lì in quel momento».

Teatro Naturale è quindi una riflessione sul tempo e sul viaggio, ma non solo. Il filo di Arianna che passa «Ci chiediamo: cos'è l'arte? Da sempre accompagna l'essere umano ed è forse una dimensione naturale dell'espressione della vita dell'uomo», sottolinea Pasquini. Così, attraverso gli episodi narrati, viene messa in scena la domanda sull'importanza del ruolo del teatro per coloro che lo fanno, fino a creare un parallelo con la riflessione di Albert Camus sulla letteratura. Si conclude quindi lo spettacolo, leggendo il discorso che lo scrittore algerino pronunciò quando, nel 1957, gli fu conferito il premio Nobel.

Dopo gli applausi, gli attori offrono un piatto di couscous, sedendosi a tavola a loro volta, rispondendo alle domande degli spettatori e raccontando aneddoti. La dimensione di vicinanza torna in primo piano, il presente è di nuovo una sala piena di persone che chiacchierando condividono la cena. Il viaggio si è concluso.



25 marzo 2014



Il rito della memoria: il couscous delle Ariette

di Massimo Marino - Controscena

“Oggi la mamma è morta. O forse ieri, non so”. Inizia così quella discesa nell’indifferenza ai rituali di una vita che ci lascia un senso di assenza che è *Lo straniero di Camus. Teatro naturale*, lo spettacolo del Teatro delle Ariette ispirato al romanzo, inizia invece con il pubblico che si sistema lungo due pareti del loro spazio, il Deposito attrezzi sistemato tra campi verdi e alberi fioriti in questa primavera precoce, su un rilievo che si alza dal fondovalle ombreggiato e ventoso del Rio Marzatore, comune di Valsamoggia. Più vicino al muro ci sono solo sedie; la fila verso lo spazio scenico, dove campeggia una vecchia tinozza, ha tavolini su cui sono sistemate ciotole con ortaggi. In uno dei lati corti della sala, una sedia con una parrucca bionda, una pistola e un coltello; nell’altro, la cucina delle Ariette, con gli attori intenti a preparare un couscous. È lento e amichevole il rituale di accoglienza, e mette subito le basi dell’empatia che si accrescerà nel corso del lavoro, un intreccio mirabile tra tessitura di ricordi personali e di un periodo della nostra storia collettiva (la fine degli anni settanta), racconto con azioni del romanzo e relazione con il pubblico, che alla fine sarà invitato a mangiare il couscous.

L’avevo visto alla prima rappresentazione, nell’autunno del 2012, *Teatro naturale*, e mi aveva lasciato una sensazione di freddezza. Gli ingredienti non erano ancora ben amalgamati. Il pubblico

era separato dallo spazio scenico con alcuni tavoli, era allontanato. Ora tutto fila perfettamente. Stefano Pasquini (sarà lui a mettere in scena, questa volta, nel teatro della memoria, un episodio della propria giovinezza) invita gli spettatori a “partecipare”: a tagliare carote, zucchine, cipolle da mettere nel couscous. E poi una scena incisa come un tableau vivant flash: Paola Berselli che minaccia con la pistola l’altro attore della compagnia, Maurizio Ferraresi, che impugna un coltello, rievocando l’assurdo assassinio dell’arabo che porterà il protagonista dello *Straniero* in carcere e poi al patibolo, perché non sa nascondere la verità della sua lontananza dai rituali sociali.



Poi la palla torna a Pasquini, che ricorda come la prima volta che mangiò il couscous fu in Francia, alla fine delle superiori. La storia si intreccia con l’amore per una ragazza spagnola, figlia di emigrati fuggiti dalla dittatura di Franco e finiti prima in Algeria, poi, dopo la lotta di liberazione, riparati in Normandia. E i nostri erano gli anni degli scontri politici e dell’assassinio di Aldo Moro. Intanto Meursault continua la sua discesa nell’assenza, la ricerca di una “vita naturale” indifferente alle ipocrisie della società. Ferraresi indossa le pagine del libro, ingrandite, sottolineate, e Paola Berselli legge la scena del funerale della madre, del bagno con Maria, l’incontro con l’arabo, e poi l’assassinio. E dalle parole scaturiscono essenziali azioni. I piani si intrecciano, con la stessa secca forza del romanzo, con l’emozione di una donna (dal volto assente o forse sognante o da un’altra parte) vestita di rosso che si immerge nell’acqua della tinozza e ne esce grondante, la visione del sole della spiaggia di Orano (il romanzo, è noto, si svolge in Algeria, e questo è un ulteriore aggancio per l’altra storia), il sole che abbacina, le onde del mare, l’assurdo sparo, il carcere, l’esecuzione. E il couscous che cuoce; una struggente musica messicana a tormentone; il racconto dell’estate in Francia di Pasquini, i discorsi con il vecchio padre anarchico della ragazza, i figlie i generi trozkysti e un mondo che cambia; la gioventù e il Novecento che riverbera le sue ferite. Una partita a calcio, un ritorno a casa, le ultime parole del libro: “Perché tutto sia consumato, perché io sia meno solo, mi resta da augurarmi che ci siano molti spettatori il giorno della mia esecuzione e che mi accolgano con grida di odio”. “Signori, il cibo è pronto”, mangiamone.



Tutto è perfetto. Tutto ci riempie gli occhi e apre domande, dubbi, su quei veli che sono l'esistenza, le storie, il capitare e lo svanire delle occasioni. Questa volta il romanzo non predomina e il racconto personale non appare su un altro binario. C'è un senso ingenuo della scoperta, che si rovescia in quell'assenza, in quel rifiuto di Meursault delle convenzioni, delle attese degli altri. C'è una voglia di buttarsi, mescolata con un dolore che fa ritrarre. E siamo in quella rara, unica poesia che sono in grado le Ariette di creare, a casa loro soprattutto, ma anche in tournée per il mondo; e in Italia è una vera disdetta che girino poco: ma loro non fanno spettacoli per trecento persone, vogliono mantenere il rapporto con un piccolo gruppo di spettatori, guardarli negli occhi, servirli nei piatti, e questo appare antieconomico nel nostro sistema teatrale malato, come se incontrarsi, scoprirsi, conoscersi fosse un lusso inutile.

Mentre Stefano in mutande e maglietta para tiri in porta e racconta ancora, il couscous è pronto. Anche questa volta, le tensioni della storia, quella di Camus e quella di Pasquini, si sciolgono nella catarsi del cibo. Il teatro in fondo è un sacrificio, un ritrovarsi a rievocare qualcosa che è svanita, un eroe che ha sofferto una perdita o si è offerto in olocausto alla violenza grande o piccola del mondo. Si espia un delitto, lontano nel tempo o solo immaginario, attraverso l'incontro profondo con un gruppo di simili. E le Ariette sottolineano questo momento con un banchetto sacro finale, dove ogni volta quello che mangiamo sono anche i resti delle azioni, delle tensioni che abbiamo attraversato. Pian piano, a tavola, ritorniamo alla quotidianità della vita, senza dimenticare, pronti, grazie a questo rituale condiviso, a ripensarle – le azioni, le tensioni -, a depositarle, a metabolizzarle.



Complesso atto quello del teatro. Tanto che dopo lo spettacolo, rappresentato domenica scorsa 23 marzo 2014 al Deposito attrezzi, le Ariette hanno sentito il bisogno di un incontro di riflessione, intitolato *Il teatro, i teatranti, gli spettatori*. C'erano voci di spazi come Dom di Laminarie o come il festival Contemporanea di Prato, c'era la poetessa Azzurra D'agostino che organizza una bella rassegna estiva tra i monti di Porretta, *L'importanza di essere piccoli*, molti spettatori delle Ariette e alcuni critici. Si sono fatti discorsi importanti, si sono raccontate esperienze di visione. Conducevo io, che ho scritto un poemetto teatrale. Ma quello lo pubblico nei prossimi giorni (e da qualche parte pubblicheremo gli altri pensieri).

Camus e Pasquini: granelli di vita e di couscous.

Posted by tommaso.chimenti

MONTEVEGLIO – Luci da sagra intorno. Luci da festa paesana. Luci piccole che ricordano lucciole ed estati, una fiera, forse una Festa de L'Unità, quando ancora c'erano. Una delle poche volte che Le Ariette cucinano non piatti della tradizione emiliana ma una portata di un altro Paese. Addirittura di un altro continente. Africa settentrionale in teoria, praticamente Francia nella realtà. Un lungo snocciolato doppio binario questo **"Io, il couscous e Albert Camus"** tra la giovinezza di **Stefano Pasquini**, diciassettenne andato a trovare il suo primo amore francese d'origini spagnole in Normandia, e **"Lo Straniero"**. E le tante, altre, imprevedute coincidenze, gli incroci, le casualità. La nostalgia assale e fermarla è un lavoro titanico votato allo scoramento, alla sconfitta.



Un viaggio a ritroso dentro ciò che era, lui ragazzo negli anni '70 in un paese sconosciuto con una lingua poco masticata, un amore al quale non sapeva dare un senso ed un nome preciso. Tutte prime volte. Ed un ritrovarsi dentro quelle parole, come se quel libro fosse il suo diario, come se quelle parole le avesse scritte lui anni prima e adesso le rileggesse. Intanto il pubblico, seduti ed appollaiati su tavolini che tanto ricordano i bar magrebini dediti allo sguardo dello struscio della piazza, sbuccia patate, carote, cipolle, taglia zucchine. Le grandi pentole fumano con dentro i minuscoli granelli gialli: "Il taglio delle verdure, movimento atletico o movimento dell'anima".



Ancora la cucina non come alimentazione ma memoria, tradizione ed anche il suo tradimento. Il teatro dei sensi, i suoi odori e colori. Un passaggio allo Stefano non ancora maggiorenne, un assaggio allo Stefano di oggi over cinquanta, un morso alle spiagge algerine di Camus, romanzo regalatogli dal primo amore. E s'avvia una processione, con cartelli appesi al collo e stampate le parole del romanzo, una via crucis a percorrere il vortice delle parole d'inchiostro ed a ritrovarci il passato vissuto del "nostro" ragazzo alla scoperta del mondo.

Una tinozza per nuotarci dentro. Un salto alla ricetta, un aggancio di politica, una scorribanda in quell'amore adolescenziale, un parallelo continuo tra Lo Straniero ed il suo sentirsi straniero, tra Stefano e Albert, che mentre il primo nasceva l'altro moriva in un passaggio simbolico di consegne, ed entrambi giocavano come portieri, estremi difensori si direbbe oggi.



Un lavoro questo, abbreviamolo "Camus", che ha in sé molta più "regia" simbolista, immagini a percuotere l'immaginario, a riverberare eco che sonnacchiavano nel sottofondo. E quella sequenza di tiri e di parate a terra, con una maglia del colore della notte come il "Ragno Nero" Yashin, mitico portiere dell'Urss, recitando e correndo, alzando il volume ed ancora rotolandosi sulla vita, sugli eventi, sugli accadimenti e farli propri, braccarli, abbracciarli, stringerli, prenderli, senza farseli sfuggire, e un altro tiro ancora cercando di parare i colpi, mettendoci corpo e faccia senza la paura del proiettile scagliato, della meteora, della cometa che saetta. E' che "il tempo non passa, siamo noi che passiamo".

"Io, il couscous e Albert Camus", Teatro delle Ariette. Di e con: Paola Berselli e Stefano Pasquini. E con: Maurizio Ferraresi. Regia: Stefano Pasquini. Visto al Teatro delle Ariette, Deposito degli attrezzi, il 23 marzo 2014.

Teatro Naturale? Io, il couscous e Albert Camus



TEATROLACUCINA

Un viaggio tra passato e presente, tra letteratura e cucina, masticando ricordi e granelli dorati al Teatro La Cucina di Milano.

Quando si varca la soglia dell'ex ospedale psichiatrico Paolo Pini di Milano si passa sotto una scritta: «da vicino nessuno è normale». Lo diceva Franco Basaglia, scucendo con fatica e pazienza un'etichetta - quella della cosiddetta normalità - che da sempre ci portiamo dietro.

L'associazione Olinda riprende il messaggio basagliano, promuovendo laboratori, rassegne culturali e spettacoli teatrali che continuino a dare voce a chi non ce l'ha - o meglio, a coloro a cui la voce è stata sottratta - e sfumare i confini tra un fantomatico al di qua e al di là della *normalità*.

Per quanto concerne la parte teatrale, spicca il lavoro messo in scena dal Teatro delle Ariette, nella *location* che è la vecchia sede della mensa del Pini, ora adibita a teatro e denominata TeatroLaCucina. Un nome che è già progetto, un luogo in cui, insieme al cibo, si cucinano storie, racconti, pezzi di vita.

Così avviene per **Teatro Naturale? Io, il couscous e Albert Camus**, allestimento dove letteratura e cucina si fondono, dove le pagine dei libri assorbono tutto il profumo delle spezie orientali.

Ad accogliere gli spettatori - dopo averli fatti accomodare ai lati dello spazio scenico, tra tavolini e ciotole di verdure crude - sono le parole di Stefano Pasquini, che parla da regista, attore e uomo. Fuori e dentro il suo personaggio racconta l'esigenza di parlare di oggi, narrando storie di ieri. La necessità di parlare di sé, attraverso le righe di un grande autore come Albert Camus, di narrare la propria storia scritta e ritrovata nelle pagine de **Lo straniero**. Come se tra i due ci fosse una sorta di passaggio di testimone, un intersecarsi di storie scritte e vite vissute. Il pubblico viene subito coinvolto nel taglio delle verdure, definito da Pasquini un «movimento atletico», ma anche e soprattutto un «movimento dell'anima». I pezzetti ottenuti vengono poi gettati nell'acqua bollente che fuma a lato della scena, mentre si stappano bottiglie di vino e si brinda tutti insieme, perché «il dio del teatro è anche il dio del vino».

Avvolto nell'ebbrezza dionisiaca di questo teatro-vita, Pasquini inizia il racconto della propria storia. Quella di un diciassettenne che, in pieni anni di piombo, lascia il suo paese alla volta di una *douce* France che ha il sapore dell'amore e della scoperta. Va in Normandia dalla ragazza che ama, o che crede di amare, portandosi dietro tutti i *forse* dell'amore adolescenziale e viene accolto dalla famiglia, di origini spagnole, di lei, assorbendo ben presto il rito del couscous. La ragazza gli mette in mano **Lo straniero** di Camus che, da quel momento in poi, diventerà il libro simbolo di Pasquini, una sorta di diario scritto da qualcun altro.

Mentre il cibo cuoce e gli spettatori sorseggiano del vino, i tre protagonisti - Stefano Pasquini, Paola Berselli e Maurizio Ferraresi - si muovono in una *via crucis* di cartelli che raccolgono le parole del romanzo, oltre che la vita del giovane regista. Si muovono tra profumi e ricordi, tra realtà e finzione, tra romanzo e vita. Masticano le parole del libro come fossero grani di *couscous*, inscenando parti del romanzo, tra innamoramenti e tuffi in mare - una tinozza posta al centro della scena in cui Paola, con un vestito rosso e una parrucca biondo platino, si immerge.

Particolarmente intensa e interessante la scena in cui Pasquini ritorna, come da ragazzo, a fare il

portiere, parando i tiri di Maurizio Ferraresi e ripetendo le parole-chiave del discorso tenuto da Camus alla consegna del Premio Nobel nel 1957. Quest'ultimo, scandito a voce alta da Paola Berselli, ci ricorda l'importanza della cultura, che sia teatro o letteratura, e ce lo ricorda come uno schiaffo, come un urlo liberatorio.

Il finale dello spettacolo è il finale del libro, una lunga e silenziosa lettura dell'ultima pagina. Gli stomaci borbottanti dei presenti si placano e scende il silenzio ad accarezzare la voce rotta di Paola, che racconta l'indifferenza che gravita intorno alle ultime ore di vita del protagonista, Meursault. Indifferenza alla morte e alla vita, che rispecchia un po', forse, l'indifferenza di oggi rispetto all'arte sotto tutte le sue forme, perché in un universo capitalistico, in mondo in cui vige una frenetica smania di produzione, non c'è posto per la persona e per l'espressione artistica della sua individualità.

Mentre a fine spettacolo si addentano i granelli dorati con le verdure, sembra di sentire risuonare nella stanza le parole di Basaglia che troneggiano all'ingresso del parco. Come se la memoria, la narrazione teatrale e l'arte culinaria fossero altri modi per aprire altri manicomi, fossero altri piccoli Marco Cavallo che abbattono mura e prigioni.

«Il tempo non passa, siamo noi che passiamo», sostiene Pasquini. E forse è proprio così, ricomponiamo *après coup* i nostri frammenti, sulla scia di sapori e profumi lontani.

Lo spettacolo continua:

TeatroLaCucina

ex ospedale psichiatrico Paolo Pini

via Ippocrate 45 - Milano

dal 28 al 30 maggio ore 20.30

domenica 1 giugno ore 13.00

Teatro Naturale? Io, il couscous e Albert Camus

di Paola Berselli e Stefano Pasquini

con Paola Berselli, Maurizio Ferrararsi e Stefano Pasquini

regia Stefano Pasquini